UNA DESMITIFICACIÓN DE LA POESÍA

MANUEL RIVERA MORAL

Sin duda, hablar de poesía es empeño difícil –ya lo es su misma definición, muchas veces vaporosa–. Y allá donde haya un sabio preceptista que intente fijar sus límites y características, puede haber un poeta que los rompa. Todos sospechamos que al fin quienes deben hacer y definir la poesía son los mismos poetas con sus composiciones. Sin embargo, en este homenaje a Miguel Hernández, era casi inevitable un acercamiento a hechos, algunos extrapoéticos, que dan sustento pero, a la vez, pueden limitar la poesía. Por otra parte, aunque el tema central sea el poeta alicantino, he creído conveniente perfilar un poco el actual momento poético con una breve crítica.

En primer lugar, es preciso convenir que detrás de una buena poesía no sólo hay un artista con inspiración, "gemido musical del alma, suerte de lume divino que entra en el corazón y en la mano del poeta y que por esa inusitada y esperable recepción es capaz de escribir inolvidables poemas" como se ha llegado a decir idealistamente. Detrás de una buena poesía hay también un hombre con vocación, muchas horas de aprendizaje y ejercicio, y un cúmulo de experiencias vitales que ha sabido expresar. Yo no imagino a Miguel Hernández sin un libro de Góngora, Quevedo, Gabriel Miró, Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez u otros buenos escritores; sin innumerables papeles donde batalla con la palabra y el ritmo; sin su paso por el colegio de los jesuitas; sin aquellas tertulias con Ramón Sijé y otros jóvenes llenos de sueños y ganas de crear; sin una honda de pastor por las montañas de Orihuela o sin uniforme y fusil de miliciano durante la guerra; sin su amistad con poetas del momento: García Lorca, Cernuda, Alberti, Neruda, Aleixandre...; sin aquella primavera de abril que abriría nuevos horizontes culturales y literarios; sin sus lecturas poéticas, bien en una casa de cultura, bien en una trinchera; sin un amor arrebatado a su esposa, a su hijo o a su pueblo; sin el dolor físico y moral del prisionero enfermo y alejado de sus seres queridos; o ¿por qué no? sin sus ideas republicanas y de izquierda. En fin, sin aquellas huellas indelebles que dieron dimensión humana y cuerpo a una poesía. Poesía cuidada, en la que abundan recursos estilísticos como la metáfora, y enmarcada en una métrica rigurosa que va de formas clásicas –como octavas reales y sonetos– a formas populares –como el romance y la seguidilla–. Son muchos los que opinan que el sujetarse a la forma le resta libertad de expresión y contenido a un poema. Ésta es una de las razones por las cuales, actualmente, se prefiere el verso libre. Pero este asunto puede ser muy discutible. Al francés Paul Valery le preguntaron una vez si el fijar la estructura meticulosamente antes de escribir un poema, como él hacía, no le privaba de decir las cosas que deseaba decir. El poeta respondió: "Sí, pero me hace decir cosas aún mejores". Miguel Hernández supo expresar muy bien pequeñas y grandes cosas, encontrando ese equilibrio entre forma y contenido, elaboración y espontaneidad. Hoy día es uno de los poetas más admirados. Pero no ha sido simplemente debido al valor intrínseco de su poesía, sino también a la atracción que ejerce su figura en nosotros: procedente de familia pobre, pastor de cabras en la infancia, va a la capital a hacer suerte y con la guerra civil, el que fue un día poeta pastor, se convierte en poeta soldado, encarna así el mito romántico del artista y hombre de acción, que acaba muriendo joven –a los 32 años tuberculoso en la cárcel– en cierta manera, a causa de sus ideales. Persona bondadosa y simpática; gran amigo y buen esposo. Así nos ha llegado a nosotros la imagen del poeta. Y por si fuera poco: voz sepultada o clandestina, al igual que la de otros poetas republicanos como Antonio Machado, García Lorca o Alberti, símbolos para las corrientes progresistas y políticas de izquierda, pero sobre todo para la juventud ansiosa de libertad. A todo esto se le une un fenómeno tan concreto pero tan decisivo como es la musicalización de sus poemas por cantautores como Paco Ibáñez, Víctor Jara, Jarcha, Joan Báez, Adolfo Celdrán, Joan Manuel Serrat y un sinfín de nombres más. Personalmente, no estoy en

contra de que se musiquen los poemas, lo que sí creo que es lamentable es que mucha gente sólo conozca a Miguel Hernández u otros poetas a través del disco y el altavoz, en versiones no siempre acertadas. O simplemente gracias a lo que de ellos se dice en los textos escolares. Son síntomas de que algo no funciona.

Las ediciones de libros de poesía no acostumbran a rebasar los 1.000 o 2.000 ejemplares –muchas veces en ediciones del propio autor–. Las revistas estrictamente poéticas son pocas y minoritarias. Los premios literarios suelen consistir más en una gratificación en metálico que en una publicación de las obras. Ciertas tendencias actuales, en lo que se refiere a temática y estilo, hacen pensar que la poesía vaya dirigida de una élite para otra e incluso misma élite. Y cierta poesía publicada es tan mala que da la impresión que sólo la lee y le gusta al mismo que la escribe. Hubo un tiempo en nuestro país que la poesía social estuvo de moda, y ello dio cabida a poetas cuyo valor como creadores era casi nulo ya que despoetizaron la realidad. Sin embargo, ahora, y no es la primera vez en la historia literaria, pretextando que su intento es lograr una belleza formal, una pureza y una originalidad, muchos lo que están cultivando es una poesía hermética, que muy pocos o nadie entiende. Hay quien afirma que a él no le preocupa el que se le lea y comprenda; pero éste, si puede, publicará en revistas o libros y, antes de morir, tal vez deje sus poemas en sitio visible a sus herederos. Y no es que la poesía haya de convertirse en un producto de consumo más, pero sí es deseable que se nutra de la vida, llegue a la calle o interese al pueblo, de donde muchas veces nació, que sea en definitiva un vehículo de comunicación y testimonio. Miguel Hernández en el encabezamiento de **Vientos del Pueblo** escribe: "Los poetas somo vientos del pueblo: nacemos para pasar soplando a través de sus poros y conducir sus ojos y sus sentimientos hacia las cumbres más hermosas". Recononozco que de todas maneras es difícil llegar al pueblo, pues el porcentaje de aficionados lectores no es alto. Y problema similar ocurre con otras artes. La solución global posiblemente pasaría por una auténtica Revolución Sociocultural.

Respecto a la figura del gran poeta en general, existe una imagen tópica la de un hombre solitario, que vive como un santón en el Olimpo, ajeno a la realidad y despreocupado de los problemas sociales, y que pasa las horas pensando en los ojos de su ser amado, en la infancia perdida, en las rosas, en los "capvespres", en lo verde que están los prados y azul el mar, etc. Imagen, por supuesto, falseada; y a la que ha contribuido esa aureola espiritualista bohemia y decadente que rodea la poesía. Los poetas, en ocasiones son los primeros en no destapar la otra cara de la realidad: la exigencia cotidiana, la comercialización, la crítica, las connotaciones culturales y políticas que puede suponer escribir en una lengua determinada, la censura, la poca rentabilidad económica con la consiguiente obligación de alternar con otra actividad la sensación de inutilidad, incomunicación y anonimato de muchos, etc. El oficio de poeta, como el de cualquier artista, implica una dedicación grande, aunque no sea de convocatorias periódicas; compromete a la persona y le pide una actitud de búsqueda y vigilia constante, en el caso de que pudiera llegar a trascender y no convertirse en una mera expansión o ejercicio estéril. Y esto la sociedad no siempre ha sabido apreciarlo.

Para terminar estas reflexiones, y ya sólo como un amante practicante más de la poesía, en su forma oral o escrita, me gustaría romper una lanza en favor de un uso más cotidiano de ella; al fin y

Para terminar estas reflexiones, y ya sólo como un amante practicante más de la poesía, en su forma oral o escrita, me gustaría romper una lanza en favor de un uso más cotidiano de ella; al fin y al cabo, no es tan difícil encontrar poesía, pues se resiste a habitar sólo entre líneas o en mentes de artistas privilegiados y nos espera, en cualquier lugar y a todas horas, para contagiar nuestra vida. Con la misma intensidad y emoción que contagió a Miguel Hernández